

Los fomentadores de la catástrofe

León Trotsky

10 de julio de 1913

(Versión al castellano desde “Les fomentateurs de la catastrophe”, en L. Trotsky, *Les guerres balkaniques. 1912-1913*, Éditions science marxiste, París, 2002, páginas 285-290; también para las notas. Publicado en *Kievskaja Mysl'*, número 188, 10 de julio de 1913.)

A primera vista, el caso búlgaro parece absolutamente incomprensible, no porque contradiga en modo alguno las leyes de la lógica, sino, por el contrario, porque los acontecimientos son el resultado natural de una serie de circunstancias. Los ejércitos serbio y griego eran numéricamente superiores al búlgaro, que además había salido de la guerra contra Turquía mucho más exhausto. Las derrotas búlgaras eran absolutamente previsibles y no había motivos para esperar, como Miliukov, que se repitieran los acontecimientos de 1885. Para nadie era un misterio que Rumanía se disponía a invadir territorio búlgaro. La rivalidad oculta entre los diplomáticos austriacos y rusos, ambos deseosos de ganarse el favor de la corte de Bucarest, dejaba vía libre a los rumanos para lanzar una ofensiva de bandidaje. Por tanto, estaba perfectamente claro que Bucarest sólo esperaba el momento oportuno para golpear por la espalda a Bulgaria, que, una vez comprometida en la lucha contra Serbia y Grecia, obviamente no dispondría de recursos para enfrentarse también a Rumanía. De hecho, el problema podía resolverse según las cuatro reglas de la aritmética. El enigma de la catástrofe búlgara puede resumirse en una sola pregunta: ¿por qué no se previó esto en Sofía? ¿Por qué se trató a Serbia y Grecia como entidades insignificantes hasta el último momento? ¿Por qué Sofía dio brutalmente la espalda a los políticos de Bucarest en respuesta a sus peticiones? Por último, ¿por qué irritar a Turquía dejando tropas de ocupación en las provincias que, según los acuerdos de paz, debían serle devueltas? ¿Con qué contaban exactamente Fernando, Gešov y Danaev?

¿Quizás pensaban que tenían un ejército mucho más fuerte que el de serbios y griegos? ¿Estaban convencidos de que una victoria relámpago estaba a su alcance? Pero incluso siendo así, ¿qué esperaban de Rumanía? ¿Quizá pensaban que Rumanía se quedaría de brazos cruzados ante el considerable fortalecimiento de Bulgaria? ¿O estaban convencidos de que los rumanos no se atreverían a atacar a Bulgaria, que ya había derramado tanta sangre? ¿O temían que, en medio del caos general, Turquía, revigorizada por su retaguardia asiática, diera de nuevo señales de vida? En resumen, ¿qué querían y con quién contaban en Sofía? Todo se escapa a la comprensión, y uno sólo puede quedarse estupefacto (si se considera que los que están en el poder deben dominar, en particular, el arte de gobernar, calcular y pronosticar) cuando se ve a una clase dirigente haciendo gala de una superficialidad tan obtusa y de una estupidez tan satisfecha de sí misma.

Nadie sabe cuáles eran las previsiones de Danaev, el principal artífice del desastre. Pero es muy probable que no se le pasara por la cabeza ninguna idea precisa. Se contentó con estar satisfecho de sí mismo y conceder algunas entrevistas.

Es el ejemplo perfecto de un político que salió de la nada, es probablemente un excelente representante de la clase dirigente búlgara. Nacido en una familia pobre de Šumen [Shumen], cursó estudios secundarios en Praga a expensas de su ciudad natal; gracias a una beca estatal, estudió Derecho en París y Londres. Habla inglés y fue funcionario del ministerio de hacienda, cargo que abandonó más tarde para convertirse en la mano derecha del *viejo* Tzankov. Aunque sólo tiene cincuenta y cuatro años, ya ha estado en el poder en numerosas ocasiones.

Gešov [Geshov], compañero de Danaev y jefe de gobierno durante la guerra, no sólo lideraba el partido de los ricos (banqueros, usureros, adjudicatarios de contratos públicos), sino que también era considerado el hombre más rico de Bulgaria. La historia

de cómo se hizo rico es muy sencilla y típica de un país joven, con una clase dirigente que practicaba, y todavía practica, el arte de la acumulación primaria. Alrededor de 1870, en Brăila (Rumanía), vivía un rico búlgaro llamado Evlogij Georgev que había obtenido grandes beneficios del comercio de armas, en la época de la guerra ruso-turca [1877-1878], y había dedicado grandes sumas de dinero a iniciativas culturales en Bulgaria. Georgev legó seis millones de francos a la ciudad de Sofía para construir la universidad, e Ivan Gešov le representó en la capital búlgara. Es bien sabido en Bulgaria que Gešov llegó a un acuerdo irregular con el notario para modificar el legado de Georgev en su propio beneficio. Los estambulovistas, en el poder en aquel momento, no pudieron hacer nada porque la falsificación se había cometido en Rumanía, país con el que mantenían muy malas relaciones. Así es como Gešov se convirtió en un hombre rico y en el líder de un partido y un gobierno. A los miembros de su partido se les llama comúnmente *gešeftari*, un nombre que no tiene nada que ver con Gešov, sino con la palabra alemana *geschäft*¹. Hay un proverbio que se aplica perfectamente a ellos: “El pueblo búlgaro es como un saco de harina, aunque lo hayan sacudido, siempre queda algo”.

Fernando se había peleado con Gešov y desde entonces ya no lo saludaba; sólo contemporizaba cuando necesitaba un gobierno sólido y duradero al que confiar misiones delicadas dentro y fuera del país. Pero puso una condición: Gešov debía formar coalición con los llamados progresistas, los tzankovistas.

El partido del oportunista liberal Tzankov estaba formado por rusófilos profesionales. En Bulgaria se dice que todos los dirigentes, sin excepción, “comen en el abrevadero de Rusia”. Cuando la experiencia política demostró que la rusofilia ya no gozaba en Bulgaria de la misma credibilidad que antaño, el partido de Tzankov, bajo la dirección de un joven abogado llamado Danaev, cambió su colorido político a favor del liberalismo progresista y propuso un amplio programa democrático. Por supuesto, esto no les impidió aliarse con los *gešeftari*.

Como el gobierno de coalición tenía una fuerte inclinación rusófila, Fernando, fiel a su política de evitar inclinarse demasiado hacia un lado u otro, puso al general estambulista Savov, ya acusado de malversación, al frente del ejército y a otro estambulista, el general Fičev, al frente del estado mayor. Ambos pertenecían al mismo partido de fuerte tradición antirrusa. Para evitar que los estambulovistas adquirieran demasiada importancia en el ejército, el segundo puesto en la jerarquía fue otorgado a Radko Dimitriev, un rusófilo próximo a los tzankovistas, que había participado en el derrocamiento de Alejandro de Battenberg.

Este equilibrio se basaba en un sistema de intrigas y amargas fricciones internas. Durante la guerra, Dimitriev ignoró a Savov todo lo que pudo, sin comunicarse con él durante varios días. Por su parte, cuando Savov era llamado por teléfono por Gešov, su enemigo mortal, para informarle sobre la marcha de la campaña y sus planes para el futuro, respondía, con rudeza de soldado: “Eso no es asunto suyo..., se lo diremos en cuanto podamos” y así sucesivamente, en el mismo tono.

Danaev ocupaba una posición especial dentro de este sistema, un equilibrio inestable basado en el odio mutuo. Aunque había colocado a cuatro de sus *partisans* (expresión de uso común en Bulgaria) dentro del gobierno, él mismo no estaba al frente de ningún departamento. Mantenía las manos libres, preparado para cualquier eventualidad. Aunque oficialmente sólo era el Presidente de la Asamblea Nacional, poco a poco había ido asumiendo el papel de Canciller de Bulgaria. Se había hecho cargo de las relaciones exteriores y corría de una capital europea a otra, convencido de que su importancia crecía en proporción al número de kilómetros que recorría y a la duración de sus conversaciones. Se presentó ante Europa como embajador de la Bulgaria victoriosa. Subiéndosele a la cabeza, empezó a verse a sí mismo como una especie de Bismarck balcánico, cuando en realidad no era más que un abogado locuaz y pretencioso.

- Estaremos mucho tiempo en el poder, al menos quince años, me dijo en su tono ambiguo el doctor Spisarevskij, director del *Bălgarija*, título oficioso de Danaev. ¡La victoria sobre Turquía nos basta para todo el siglo!

Los progresistas ya habían abierto sus oficinas electorales en las regiones apenas conquistadas. Nadie, sin embargo, parecía preocupado ni reflexionó entonces sobre el hecho de que estas nuevas posesiones estaban lejos de estar aseguradas.

Y es doloroso recordar con qué rapidez los búlgaros se volvieron arrogantes tras los primeros éxitos en la frontera y, sobre todo, tras la caída de Kirklareli. Afirmaban que, comparada con esta fortaleza, Andrinópolis era “un juego de niños”. La gente respondía con impaciencia, encogiéndose de hombros, a cualquiera que presentara hechos y cifras que demostraran lo contrario, hechos y cifras disponibles, por cierto, en cualquier atlas serio. Los primeros signos de descontento aparecieron cuando los griegos tomaron Salónica y los serbios Monastir [Bitola]. “¿Por qué no nosotros?” Nadie dudaba de que estas ciudades serían búlgaras algún día. “Fernando nunca permitiría que los griegos se quedaran con Salónica”, decían los políticos en los cafés de Sofía. “Tarde o temprano, llegaremos a las manos con los griegos”, añadía el más directo. “Pero no de inmediato, sino dentro de diez años, cuando nos hayamos recuperado”. “Habrá demasiados griegos en la Gran Bulgaria”, decían, “tendremos que obligarles a vivir de acuerdo con los ideales nacionales búlgaros. Pero primero debemos dar una lección a esos griegos”.

“Si los griegos nos desafían a causa de Salónica, les haremos la guerra, de eso no hay duda”, dijo el líder de los demócratas Malinov, exprimer ministro del gobierno, quejándose también de la censura que, al redactar sus telegramas, no le permitía dar a conocer la sustancia de sus pensamientos. La censura, por cierto, cambió mucho después y permitió, e incluso alentó, todas las formas de ataque contra los aliados.

“¿Rumanía? Es impotente... Es un país en descomposición, ¡a pesar del barniz de su cultura! ¡Una desgracia reaccionaria en el mapa de Europa! ¡Una segunda Turquía! Si se atreve a levantar un dedo, se lo cortaremos... Levantaremos a los campesinos contra ella. Haremos caer una revolución agraria sobre su cabeza”.

Aunque su alianza con Serbia aún no se había cuestionado, los búlgaros se expresaban con un desprecio total hacia los serbios, su ejército y sus políticos.

Dos factores alimentaron esta presunción sin precedentes: las victorias del ejército y el régimen de censura militar. Los periódicos sólo escribían lo que convenía al estado mayor. Todo lo que discrepaba de las opiniones, estados de ánimo o caprichos de los generales victoriosos era suprimido sin piedad. Es más, escudándose en la censura militar, el director general de correos de la época, Frangja, uno de los *gešeftari* más ignorantes del gobierno, borraba personalmente párrafos enteros de los telegramas, eliminando todo lo que no le convenía. La prensa de Sofía se convirtió en el portavoz servil de la dictadura militar. Los *principales periódicos* europeos se inclinaron ante los vencedores y, deseosos de ganarse sus favores, no expresaron ni una sola palabra de crítica o reproche. Bonev, el comandante de la plaza, citó en su despacho a Christo Kabakčev, director de la hoja obrera de Sofía, y, apuntándole con su fusta, que siempre tenía a mano, le dijo: “Si haces imprimir tu periódico, te imprimiré esto en la espalda.” Y el periódico tuvo que suspender su publicación.

Un puñado de hombres, convencidos de que el hundimiento de Turquía (que llevaba siglos incubándose) era obra de su genio, imaginaron que podían dar órdenes no sólo a los columnistas y periodistas extranjeros, a los que contaban entre sus leales amigos, sino también a la opinión pública de toda Europa, así como a Serbia, Grecia y Rumanía... Cuando las relaciones se volvieron muy tensas, Gešov, en su doble postura de rico y sabio, se mostró más cauto que los demás, escabulléndose entre bastidores. Su puesto fue ocupado por Danaev, cuya política, que quedó clara de inmediato, podría resumirse en una frase: “Me importa un bledo todo el mundo”.

En las semanas que Danaev estuvo en el poder, Bulgaria cayó en desgracia. No tiene sentido echar toda la culpa al desafortunado Bismarck de Sofía. Él, más que ningún otro político, simplemente hizo gala de la presunción, el gusto inmoderado por la aventura y la frivolidad característicos de los hombres del gobierno búlgaro.

Danaev fue sustituido, aunque se había pasado al otro *bando*, por Radoslavov², antiguo aliado de los estambulovistas, entonces su adversario, que era una figura muy conocida en las calles de Sofía, conocido como “el hombre del bastón”, en el sentido político y concreto del término.

El bastón no lo inventó Radoslavov, quien, a decir verdad, no inventó nada. El bastón se convirtió en un factor político decisivo en la práctica constitucional búlgara con los estambulovistas. Para Stambulov, el bastón estaba al servicio de una idea política. Temía que la diplomacia rusa pretendiera controlar la Bulgaria liberada y reducirla a una “provincia danubiana” de Rusia. Pero la simpatía y la gratitud hacia Rusia, maduras por su reciente papel de “libertadora”, estaban bien ancladas en la población búlgara. Al no haber conseguido un apoyo adecuado entre la población para su política de independencia nacional, Stambulov había utilizado un gran garrote para meter a la fuerza la idea de una política búlgara independiente en la cabeza de los búlgaros. Radoslavov heredó el bastón de Stambulov, independientemente de cualquier idea política. A menos que se considere el bastón como una idea en sí misma.

Apoyado en su nudoso bastón, dispuesto a todo, Radoslavov esperó el momento político sin salida en el que nadie se decidiera a tomar las medidas de emergencia necesarias. Ese momento había llegado. Pero Fernando no confió el ministerio de asuntos exteriores (el que puede decidir la vida y la muerte de los búlgaros) a Radoslavov, sino al sabio Gennadiev. Sin embargo, la personalidad de Gennadiev tampoco estaba exenta de peculiaridades. Gennadiev comenzó su carrera política como enemigo acérrimo de Stambulov, pero más tarde fue ganado por éste. Los argumentos utilizados por Stambulov son conocidos en toda Sofía: números con muchos ceros. Se dice que ciertos documentos secretos, comprometedores para muchos, incluido el rey, en posesión de Stambulov (una de las razones del asesinato de Stambulov residió precisamente en sus esfuerzos por hacerse con estos documentos, N.B.), pasaron de manos de Petkov a las de Gennadiev y que éste los convirtió en una poderosa arma. Hay que añadir que Gennadiev, junto con Savov y Paikov (que murió al entrar en la asamblea nacional el mismo día en que debía examinarse su caso) formaban el triunvirato del último gobierno de Stambulov, el más implicado en la malversación de fondos.

Estos son los gobernantes de Bulgaria, del pasado y del presente. Tras las efímeras glorias de la victoria, han depositado tal cúmulo de desgracias sobre los hombros de la laboriosa y vital nación búlgara que es difícil predecir si la clase obrera búlgara podrá recuperarse en los años venideros. Y a la fuerte simpatía que despierta Bulgaria, por las tragedias sin nombre que ha conocido y por haber sido totalmente aniquilada y crucificada por cuatro ejércitos hostiles, se añade la indignación hacia sus gobernantes, los fomentadores de su *débaclé*³.

Edicions Internacionals Sedov

Serie: [Trosky inédito en internet y en castellano](#)



germinal_1917@yahoo.es

¹ Negocios.

² Radoslavov Vasil. Nacido en 1854. Político búlgaro. En 1883, tras el restablecimiento de la constitución y la elección de diputados a la asamblea parlamentaria, se afilió al partido de Karavelov. Fue nombrado

ministro de justicia en el gobierno de Karavelov (1884-1886). Durante la regencia de Stambulov, Radoslavov, enemistado con Karavelov, se convirtió en primer ministro y ministro del interior. Sin embargo, cuando Fernando subió al trono, también entró en conflicto con Stambulov. Radoslavov permaneció fuera del poder hasta la caída de Stambulov (1894). Se dedicó a su profesión de abogado y al mismo tiempo fundó su propio partido con fuertes tendencias rusóforas. En 1894 se incorporó al gobierno de Stoilov como ministro de justicia, pero poco después dimitió y pasó a la oposición. Volvió a ocupar la jefatura del gobierno en el verano de 1913, tras la dimisión de Danaev por el fracaso de Bulgaria en la Segunda Guerra de los Balcanes. Llevó a Bulgaria a la [Primera] Guerra Mundial del lado de las Potencias Centrales. En 1918, tras la derrota de Bulgaria, dimitió de nuevo.

³ En francés en el original. Debacle.